



SALA STAMPA DELLA SANTA SEDE **BOLLETTINO**

HOLY SEE PRESS OFFICE BUREAU DE PRESSE DU SAINT-SIÈGE PRESSEAMT DES HEILIGEN STUHLS
OFICINA DE PRENSA DE LA SANTA SEDE SALA DE IMPRENSA DA SANTA SÉ
BIURO PRASOWE STOLICY APOSTOLSKIEJ دار الصحافة التابعة للكرسي الرسولي

N. 0426

Giovedì 02.09.2004

Sommario:

◆ LE UDIENZE

◆ LE LETTERE CREDENZIALI DELL'AMBASCIATORE DI GUATEMALA PRESSO LA SANTA SEDE

◆ VISITA "AD LIMINA APOSTOLORUM" DEI PRESULI DELLA CONFERENZA EPISCOPALE DEGLI STATI UNITI D'AMERICA (REGIONE I)

◆ LE UDIENZE

LE UDIENZE

Il Santo Padre Giovanni Paolo II ha ricevuto questa mattina in Udienza:

S.E. il Signor Juan Gavarrete Soberón, Ambasciatore di Guatemala presso la Santa Sede, in occasione della presentazione delle Lettere Credenziali;

S.E. Mons. Lluís Martínez Sistach, Arcivescovo di Barcellona (Spagna);

Gruppo degli Ecc.mi Presuli della Conferenza Episcopale degli Stati Uniti d'America (Regione I), in Visita "ad Limina Apostolorum";

S.E. Mons. Vincenzo Paglia, Vescovo di Terni-Narni-Amelia con il Prof. Andrea Riccardi della Comunità di Sant'Egidio.

[01358-01.01]

LE LETTERE CREDENZIALI DELL'AMBASCIATORE DI GUATEMALA PRESSO LA SANTA SEDE

Alle 11.00 di questa mattina il Santo Padre ha ricevuto in Udienza S.E. il Signor Juan Gavarrete Soberón, Ambasciatore di Guatemala presso la Santa Sede, in occasione della presentazione delle Lettere Credenziali.

Riportiamo di seguito il discorso che il Papa ha rivolto al nuovo Ambasciatore, nonché i cenni biografici essenziali di S.E. il Signor Juan Gavarrete Soberón:

• DISCORSO DEL SANTO PADRE

Señor Embajador:

1. Me complace recibirle en este acto en el que me presenta las Cartas Credenciales que lo acreditan como Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de la República de Guatemala ante la Santa Sede. Al darle mi cordial bienvenida le agradezco las amables palabras que me ha dirigido, así como el saludo del que es portador de parte del Señor Presidente, Lic. Oscar Berger Perdomo, a lo cual correspondo rogándole que le transmita mis mejores votos de paz y bienestar para todo el pueblo guatemalteco.

2. Su País, Señor Embajador, es conocido como la tierra de la eterna primavera. La Providencia me ha concedido poder visitarlo en tres ocasiones desde mi elección como Sucesor de san Pedro. Pude así entrar en contacto con ese noble pueblo, de ascendencia milenaria, en el que el anuncio del Evangelio ha dado forma a manifestaciones profundas de fe tan enraizadas en la cultura guatemalteca. Recuerdo la belleza de sus paisajes, el carácter acogedor de su pueblo y, particularmente, la fe acendrada de la comunidad eclesial que allá vive. La vivencia, alegre y devota, de la fe en Jesucristo encuentra manifestaciones muy solemnes en los cultos de la Semana Santa, desbordando amor al Redentor de los hombres, muerto y resucitado.

Mis dos primeras visitas a Guatemala tuvieron lugar en 1983 y 1996, cuando aún persistía un doloroso conflicto armado interno, que provocó tantas muertes.

Mi tercera visita, en julio del año 2002, firmado ya el Acuerdo de paz, me permitió encontrarme con un pueblo alegre y esperanzado ante los resultados obtenidos. Canoniqué entonces al Hermano Pedro de San José de Betancurt, en una multitudinaria celebración que congregó a fieles de Guatemala y de toda América Central, los cuales daban gracias a Dios por el regalo de este humilde Santo que, aunque de origen canario, eligió ese País para santificarse por la vía de la caridad, la oración y la penitencia, así como en el servicio a los pobres y enfermos. Su recuerdo permanece vivo y su carisma perdura en la Orden Bethlemita, la cual, inspirada en sus enseñanzas ha dado abundantes frutos de santidad, como la Madre Encarnación Rosal, primera Beata guatemalteca.

3. En los mensajes que dejé en dichas visitas quise expresar mi afecto hacia el querido pueblo guatemalteco, pero también mis preocupaciones ante los problemas humanos y sociales que se vivían. Me complace constatar que la defensa de la vida humana, desde su concepción hasta su ocaso natural, está constitucionalmente reconocida en su Nación, y eso es un timbre de honor para Guatemala. En éste, como en otros campos, cuando la legislación civil asume los principios del derecho natural se camina hacia la paz y el progreso de los pueblos.

4. En sus palabras se ha referido Usted, Señor Embajador, al deseo de su Gobierno por combatir la corrupción en todas sus formas, por reducir la desigualdad entre quienes lo tienen todo y aquéllos que carecen de lo necesario, así como por aunar esfuerzos para seguir construyendo una nación mejor. La transparencia y honradez en la gestión pública favorecen un clima de credibilidad y confianza de los ciudadanos en sus autoridades y sientan las bases para un desarrollo conveniente y justo. En esta tarea, los responsables públicos

encontrarán en la Iglesia, desde la sencillez de sus recursos pero con la fuerza de sus firmes convicciones, la colaboración adecuada para la búsqueda de soluciones, reconociendo los esfuerzos para hacer crecer la conciencia y responsabilidad de los ciudadanos y fomentando la participación de todos.

Por desgracia, aunque terminó el conflicto interno armado, Guatemala no puede ignorar la violencia que ha acosado a muchas personas. Quiero recordar que entre tantas víctimas no han faltado ministros de la Iglesia y servidores del Evangelio, como Mons. Juan Gerardi, Obispo asesinado en 1998, cuyo caso no ha sido aún completamente esclarecido, así como el de varios sacerdotes y catequistas. No se han de ahorrar esfuerzos para alcanzar la paz social en el País y la reconciliación entre todos los ciudadanos.

5. Otro problema es el de la pobreza, que incide en la existencia de muchos de sus conciudadanos. El esfuerzo por atender las necesidades de los más desheredados debe considerarse una prioridad fundamental. Me complace que su Gobierno lo tenga como un objetivo al que dedicar esfuerzos y recursos. Entre los que sufren esa lacra social muchos pertenecen a las poblaciones indígenas. Aunque es verdad que entre ellas están quienes han logrado acceder a una vida más digna, con mayores oportunidades educativas y con mayor presencia en el escenario nacional, otros están sumidos en la pobreza y la marginación. Las aceleradas transformaciones de la economía internacional y los descensos en el precio de los productos agrícolas han colocado a muchos de ellos en una situación difícil. La Iglesia, madre y maestra fiel a su misión, acompaña de cerca a tantas familias campesinas que viven hoy las consecuencias de esta crisis. Éste es otro de los campos donde la colaboración entre las diversas instancias públicas y la comunidad eclesial encuentra un terreno fértil para atender y promover a los pobres.

Antes de concluir este encuentro quisiera dirigir también una palabra de cercanía y aliento a la numerosa comunidad guatemalteca que vive como emigrante en otros países, principalmente en Norteamérica. La lejanía de la patria se debe al deseo de encontrar mejores condiciones de vida. Sin embargo no han de olvidar que es menester conservar y acrecentar los ricos valores culturales y religiosos que forman parte del bagaje con el que un día partieron, y desde su situación actual han de sentirse comprometidos a aportar soluciones para el País que les vio nacer y que hoy les sigue considerando sus hijos a pesar de la distancia y del tiempo.

6. Señor Embajador, quiero formularle ahora mis mejores votos por el desempeño de su misión ante esta Sede Apostólica. Le ruego que transmita al Señor Presidente de la República mi saludo y a todo el pueblo guatemalteco la seguridad de mi oración por su conveniente progreso integral. Pido a Dios que le asista en la misión que hoy comienza e invoco toda clase de bendiciones celestes sobre Usted, su distinguida familia, sus colaboradores, así como sobre los gobernantes y ciudadanos de Guatemala.

S.E. il Signor Juan Gavarrete Soberón
Ambasciatore di Guatemala presso la Santa Sede

È nato a Città del Guatemala il 24 gennaio 1942.

È sposato ed ha tre figli.

Ha conseguito la laurea in Relazioni Internazionali (Università Complutense, Madrid) ed è specializzato in Amministrazione d'Impresa (Istituto Centroamericano di Amministrazione, San José di Costa Rica).

Ha i titoli di Avvocato e di Notaio.

A partire dal 1964 ha esercitato la libera professione nel settore legale e bancario.

In particolare è stato: Fondatore e Vicepresidente esecutivo del "Banco Nacional de la Vivienda" (1973-1975); Rappresentante della Banca Nazionale presso il Dicastero delle Finanze (1974-1976); Presidente del "Banco Nacional de la Vivienda" (1975-1999); Direttore Generale per lo Sviluppo comunitario presso la Presidenza della Repubblica (1976-1978); Rappresentante della Presidenza della Repubblica nel Comitato di Ricostruzione Nazionale (1976-1979); Presidente della Società "El Sauce" (1978-2000); Vicepresidente della Società APSA

(2001-2003); Vicepresidente della Società "Gruppo 724" (2001-2003).

E' cavaliere dell'Ordine Equestre di San Silvestro Papa.

[01359-04.02] [Texto original: Español]

VISITA "AD LIMINA APOSTOLORUM" DEI PRESULI DELLA CONFERENZA EPISCOPALE DEGLI STATI UNITI D'AMERICA (REGIONE I)

Pubblichiamo di seguito il discorso che Giovanni Paolo II ha rivolto agli Ecc.mi Presuli della Conferenza Episcopale degli Stati Uniti d'America (Regione I), incontrati questa mattina e ricevuti nei giorni scorsi, in separate udienze, in occasione della Visita "ad Limina Apostolorum":

• DISCORSO DEL SANTO PADRE

Dear Brother Bishops,

1. Through the gift of God we have become "ministers of the Gospel" and received the grace "to preach to the nations the unfathomable riches of Jesus Christ". Echoing these words of the Apostle Paul (cf. *Eph* 3:7-8), and in a spirit of gratitude for our common calling, I warmly welcome you, my brother Bishops of the ecclesiastical provinces of Boston and Hartford, on the occasion of your quinquennial visit to the tombs of the Apostles and the See of Peter. Taking up once again my series of reflections on the teaching office entrusted to Bishops within the communion of the People of God, I wish to consider some particular concerns facing the Church in the United States as she carries out her duty to proclaim the Gospel and to lead all people to the fullness of faith, freedom and salvation in Christ.

2. Throughout these reflections on the exercise of the *munus episcopale propheticum* I have more than once drawn attention to the importance of the evangelization of culture. A fundamental challenge in this area is surely that of bringing about a fruitful encounter between the Gospel and the new global culture which is rapidly taking shape as a result of unprecedented growth in communications and the expansion of a world economy. I am convinced that the Church in the United States can play a critical role in meeting this challenge, since this emerging reality is in many ways the fruit of contemporary Western, and particularly American, experiences, attitudes and ideals. The new evangelization calls for a clear discernment of the profound spiritual needs and aspirations of a culture which, for all its aspects of materialism and relativism, is nonetheless profoundly attracted to the primordial religious dimension of the human experience and is struggling to rediscover its spiritual roots.

For the Church in America, the evangelization of culture can thus offer a unique contribution to the Church's mission *ad gentes* in our day. Through her preaching, her catechesis and her public witness, the Church in your country is challenged to develop a new kerygmatic style, one capable of appealing to the spiritual needs of contemporary men and women and of offering them a clear and convincing response grounded in the truth of the Gospel. Catholics of all ages must be helped to appreciate more fully the distinctiveness of the Christian message, its capacity to satisfy the deepest yearnings of the human heart in every age, and the beauty of its summons to a life completely centered on faith in the Triune God, obedience to his revealed word and loving configuration to Christ's paschal mystery, in which we see disclosed the full measure of our humanity and our supernatural call to fulfillment in love (cf. *Gaudium et Spes*, 22).

3. The Church in the United States has long been committed to making her voice heard in public debate in the defense of fundamental human rights, the dignity of the person and the ethical requirements of a just and well-ordered society. In a pluralistic nation like your own, this has necessarily involved practical cooperation with men and women of various religious beliefs, and with all people of good will, in the service of the common good. I am

deeply appreciative of your continuing efforts to promote ecumenical and inter-religious dialogue on every level of the Church's life, not only as a means of overcoming misunderstandings between believers, but also for fostering a sense of common responsibility for the building of a future of peace. As the tragic events of 11 September 2001 have made clear, the building of a global culture of solidarity and respect for human dignity is one of the great moral tasks confronting humanity today. In the end, it is in the conversion of hearts and the spiritual renewal of humanity that the hope of a better tomorrow lies, and here the witness, example and cooperation of religious believers has a unique role to play.

4. I also wish to express my personal gratitude for the traditional generosity of the faithful of the United States to the Church's mission *ad gentes* through the training and sending forth of generations of missionaries and through the contributions of countless Catholics to the foreign missions. I encourage you to make every effort to revive this powerful manifestation of solidarity with the universal Church. History bears witness that a sustained commitment to the mission *ad gentes* renews the whole Church, strengthens the faith of individuals and communities, reinforces their Christian identity, and gives rise to fresh enthusiasm for overcoming the challenges and difficulties of the moment (cf. *Redemptoris Missio*, 2). May the Church in your country discover the sources for a profound interior renewal through a revitalization of missionary zeal, above all by promoting vocations to missionary Institutes and proposing, especially to young people, the lofty ideal of a life completely devoted to the Gospel.

5. More than once in the course of these meetings I have told you of my admiration for the outstanding contribution which the Catholic community in the United States has made to the spread of the Gospel, the care of the poor, the sick and those in need, and the defense of fundamental human and Christian values. Today I wish to encourage you, and through you, all the Catholics of America, to continue to bear faithful testimony to the truth of Christ and the power of his grace to inspire wisdom, reconcile differences, heal wounds and point to a future of hope. The Church in your country has been chastened by the events of the past two years, and much effort has rightly been expended on understanding and addressing the issues of sexual abuse which have cast a shadow on her life and ministry. As you continue to confront the significant spiritual and material challenges which your local Churches are experiencing in this regard, I ask you to encourage all the faithful – clergy, religious and lay – to persevere in their public witness of faith and hope, so that Christ's light, which can never be dimmed (cf. *Jn* 1:5), will continue to shine forth in and through the Church's entire life and ministry.

In a particular way I would ask you to be strongly supportive of your brother priests, many of whom have suffered deeply because of the much-publicized failings of some of the Church's ministers. I would ask you also to convey my personal gratitude for the generous and selfless service which mark the lives of so many American priests, as well as my deep appreciation of their daily efforts to be models of holiness and pastoral charity in the Christian communities entrusted to their care. In a very real way the renewal of the Church is linked to the renewal of the priesthood (cf. *Optatam Totius*, 1). For this reason I ask you to make every effort to be present as a father and a brother in the midst of your priests, to show heartfelt gratitude for their ministry, to join them frequently in prayer and to encourage them in fidelity to their noble vocation as men completely consecrated to the service of the Lord and his Church. In a word, tell your priests that I hold them in my heart!

6. At the conclusion of these reflections on our responsibility for the Church's prophetic witness before the world, I once more express my conviction, born of faith, that God is even now preparing a great springtime for the Gospel (cf. *Redemptoris Missio*, 86), and that this calls all of us to "open the doors to Christ" in every aspect of our life and activity. As I suggested in the Apostolic Letter *Novo Millennio Ineunte*, ours is the wonderful yet demanding responsibility of reflecting Christ, the light of the world. Indeed, "this is a daunting task if we consider our human weakness, which so often renders us opaque and full of shadows. But it is a task we can accomplish if we remain ever turned to the light of Christ and open to the grace which makes us a new creation" (*op. cit.*, 54).

Dear Brother Bishops, as I set this challenge before you, I assure you once more of my confidence and my fraternal affection. Entrusting you and the clergy, religious, and lay faithful of your particular Churches to the loving intercession of Mary, Mother of the Church, I cordially impart my Apostolic Blessing as a pledge of strength and peace in the Lord.

[01360-02.02] [Original text: English]

[B0426-XX.01]
